entre sí el contra-tema hecho en la primera parte por el Baxo, y el Contralto le acompaña con el movimiento contrario del mismo contra-tema. Finalizado este enlace, el Baxo en el compas 62 propone como un nuevo tema aquellos ocho puntos, baxando desde la Sexta al Modo ó Primera, con saltos de Tercera interrumpidos con el movimiento de grado: vuelto á tomar este tema por el Contralto y por el Tiple van con una especie de Fuga breve á hacer la cadencia final.

CAPITULO VI.

ALGUNAS ADVERTENCIAS GENERALES.

I.

Sobre el conocimiento de sí mismo.

El que intenta dedicarse á la Música, debe, segun el consejo de Horacio, medir sabiamente sus fuerzas, exâminando si la naturaleza se ha dignado dotarle de las qualidades necesarias para este fin. Es verdad que los hombres son los mas sutiles aduladores de sí mismos, y se creen casi siempre mas de lo que son en realidad; pero procediendo con sabia cautela podrá cada uno llegar á

conocer si le falta ó no el entusiasmo y el gusto que forman el genio para la Música. El entusiasmo es un fuego que inflama por decirlo así interiormente, y nos hace sentir aun en la conversacion ordinaria ciertas agitaciones vivísimas del ánimo, con las que puede cada uno medir como con un termómetro los grados de su entusiasmo. Jamas tendré por hombre de entusiasmo al que lea la Zenobia ó el Atilio Régulo de Metastasio con ojos enxutos. Despues que el principiante se haya exercitado por algun tiempo en el contrapunto, de la facilidad ó dificultad que encuentre en la invencion de nuevas armonías y melodías dignas de la aprobacion del maestro, se deducirá fácilmente el grado de fecundidad de su fantasía.

No es tan fácil de conocer el propio gusto que consiste en sensaciones delicadísimas que no pueden experimentarse sin haber acostumbrado los sentidos al escrupuloso y reflexîvo exámen de los objetos. Hé aquí no obstante el método que podrá observar el principiante para conocerse á sí mismo en este punto. Oiga diversas composiciones sin tener anticipadamente noticia de sus autores, ni de la estimacion que hacen de ellas los buenos profesores de Música: fórme despues su juicio, y si éste por lo general se conforma con el

de los prácticos, no tenga duda en contarse entre las personas de gusto. Si por éste y otros medios semejantes llega el principiante á conocer que la naturaleza al formarle no ha sido liberal para con él, dexándole destituido de entusiasmo y de gusto, hará bien en abstenerse de exercitar la Música, si por otra parte no quiere aumentar la multitud de profesores que han nacido para arruinarla.

II.

Sobre el exercicio del canto.

Supuestas las qualidades naturales, ántes que el principiante emprenda el estudio del contrapunto, deberá exercitarse en el canto. No porque esto sea necesario para evitar los errores sustanciales de la armonía, pues de estos se libertará con las reglas del lib. 3º, sino solo para formar el gusto. El canto le servirá de mucho aunque no tenga intencion de componer sino Música instrumental. Los instrumentos son con respecto á la voz humana lo que las pinturas con respecto á los objetos naturales; y así como un pintor que hiciese todo su estudio sobre las pinturas sin volver jamas los ojos á los objetos naturales, con dificultad copiaria al vivo la naturaleza, igualmente

el compositor de Sonatas que no se haya formado el gusto con el canto de la voz humana, con dificultad compondrá con buen gusto.

Tan útil como es á un compositor tener algun conocimiento y práctica de todos los instrumentos, otro tanto convendria que el principiante ántes de saber cantar y componer con gracia para la voz humana, los ignorase todos, y si fuese posible ni aun los oyese. Los instrumentos son una imitacion artificiosa del canto, y por esta razon les estan bien muchas cosas, que para éste son afectaciones; del mismo modo que los colores artificiales que nos agradan en un retrato, nos causan fastidio puestos en el rostro de alguna muger. Pero por desgracia de la Música se observa por lo comun un método enteramente contrario: gran parte de los maestros que enseñan á cantar son unos meros tocadores de clave, violin, &c., y así sucede casi siempre que hacen cantar á la voz humana como si fuese un instrumento, sin reflexîonar que la naturaleza no ha tenido á bien adaptar las inflexîones de la voz á los movimientos de la mano. Quisiera que el principiante comenzase á cantar por las composiciones del estilo *de capilla* de los antiguos, que á mas de ser muy fácil su execucion, son muy á propósito para adquirir la sencillez y naturalidad de la modulacion: que

despues emprendiese los solféos de Leo y de otros excelentes maestros que con reflexîon han formado una serie bien ordenada de lecciones de canto. Pero el entregarse á un tocador de qualquiera instrumento, que sin órden, sin estudio y sin principios compone caprichosamente los solféos, es un método que basta reflexîonar sobre los pocos progresos que con él se hacen, para conocer los muchos males de que es orígen.

III.

Sobre el estilo.

Si el principiante está dotado de genio, y estudia con buen método el canto y el contrapunto, se formará por sí mismo un estilo elegante tan propio suyo que hará distinguir sus composiciones de todas las demas. Generalmente los compositores triviales no tienen carácter de estilo, y parece que imitan ya á un autor, ya á otro; y sus composiciones estan hechas á manera de los mosaycos antiguos en que se echa de ver la mezcla de fragmentos de diversos colores. Pero en las composiciones de un maestro de genio, aunque éstas sean de diverso género, la una de estilo pronto, vehemente y agitado, y la otra de una

melodía tranquila y agradable, siempre tienen un no sé qué, que hace decir á los inteligentes en Música, éste es el estilo de Pergolesi, aquel el de Marcelo, este otro el de Clari, &c. Para formar el carácter de estilo no es necesario proponerse la imitacion de un autor determinado, pues por nuevos y diversos caminos se puede llegar á la suma excelencia en qualquiera arte. Un genio creador fecundado con las melodías de composiciones escogidas, se forma por sí mismo un estilo enteramente nuevo, así como un buen Arquitecto con las ruinas de diversas casas construye una de nuevo diseño.

Sucederá alguna vez que el principiante como por instinto se sienta inclinado á imitar á algun autor. Entónces se dexará conducir de este instinto, con tal que el autor sea excelente, y lo imite sin afectacion; pues léjos de ser reprehensible la imitacion perfecta, es digna de alabanza. Sin embargo, como la naturaleza del genio depende de muchas y casi infinitas circunstancias de la máquina y del espíritu, rara vez ó quizá jamas se ha experimentado una perfecta conformidad de gusto y de estilo entre dos excelentes autores. Por esta razon deberá el maestro generalmente considerar el carácter del discípulo, y sin obligarle á imitar, conducirlo adonde la natura-

leza le guia : de otra manera debilitará la fuerza de aquel ingenio, é impedirá los progresos que por sí mismo hubiera hecho el discípulo tomando por maestra y guia á la naturaleza.

IV.

Sobre el oido.

Aunque el oido sea juez natural de la Música, muchas veces nos engaña, y nos hace tener en grande estimacion composiciones de ningun mérito ; de la misma manera que la vista, juez natural de la magnitud de los cuerpos, nos representa algunas veces como cosas grandes las pequeñas, y las pequeñas como grandes. Si no se engañase el oido en el juicio de la Música, la de buen gusto hubiera estado siempre en uso. Este engaño es ocasionado por una máxîma por otra parte muy verdadera, y es que la Música ha sido formada por la naturaleza con respecto al deleyte del oido ; pero este deleyte en la intencion de la naturaleza no es mas que un medio para obtener el fin primario de la Música, que es excitar los afectos de nuestro ánimo : y así aunque la Música deleyte el órgano material del oido, si no mueve los ánimos no consigue su fin, y

por consiguiente es Música de mal gusto. Tambien ha formado la naturaleza el órgano del oido de modo que nos deleyten las figuras de la Retórica ; pero con el fin de que el aliciente de este deleyte nos haga fixar la atencion en los razonamientos capaces de convencer nuestro ánimo. Mas como el vulgo no suele reflexîonar con madurez sobre el objeto principal de las cosas, tuvo en gran precio en los siglos bárbaros la Eloqüencia hinchada, que llena de figuras de palabras, sin nervio ni sustancia, deleytaba momentáneamente el oido. Así tambien oimos celebrar todavía algunas composiciones de Música, ó porque hacen grande estrépito, ó porque estan llenas de ciertos grupos de notas que no pueden executar los cantores sin hacer mil contorsiones. No debe pues el principiante confiarse ciegamente en el oido, pues ademas del deleyte de éste, debe procurar excitar con la Música algun afecto en el ánimo.

V.

Conclusion.

Bien cimentado el principiante con la teórica del *lib.* 3º, y exercitado en el canto y en el contrapunto con arreglo al método prescrito en este libro, si por otra parte no está destituido de genio, llegará á ser infaliblemente buen compositor. Despues que haya llegado á componer con elegancia en el estilo sencillo, la misma naturaleza le sugerirá para otros estilos aquellas melodías suavísimas que conmueven, enternecen, inflaman y arrebatan los ánimos hasta el Cielo. Podria tambien sobre este punto ser auxîliado por una copiosa teoría sobre la naturaleza de nuestros afectos, la conexîon que estos tienen con las sensaciones del oido, y sobre las melodías mas aptas para excitar cada pasion en particular. En efecto, tuve intencion de agregar á esta primera parte otro libro sobre la Eloqüencia de la Música, y lo hubiera executado, si la multitud de ideas que me ocurriéron al querer tratar de esta materia no me hubiesen hecho tomar la determinacion de tratarle en un escrito separado; y espero executarlo si veo que esta

obra encuentra buena acogida en el Público, y si las vicisitudes de la vida humana no consiguen cortar el hilo de mi intencion. *

* Pensó el Autor escribir un pequeño tratado sobre la fuerza de la expresion ó eloqüencia de la Música; á cuyo fin quiso imprimir los dramas de Metastasio con la mejor Música que sobre ellos se habia compuesto, añadiendo al último sus observaciones y reflexîones. Comunicó su pensamiento al mismo Metastasio para que le ayudára con las suyas, cuyo proyecto alabó mucho: pero la achacosa edad de éste y el temor de no indisponerse con los Maestros de Capilla, por ser indispensable posponer unos á otros, retardó sus respuestas á los puntos que nuestro Autor le consultaba: por cuyo motivo y el de haber vuelto en este intervalo de tiempo á continuar sus estudios, no tuvo efecto su pensamiento.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.